

¿Está siendo oído el Papa por los economistas?

Raúl González Fabre

ICADE Empresariales - entreparentesis.org

El Pontificado de Francisco está suponiendo un vendaval comunicacional, tanto por lo que el Papa dice y hace, como por las reacciones encontradas en torno a ello.

De entre los diversos grupos que reaccionan a la comunicación-Francisco, resultan de especial interés los economistas. Nos referimos a economistas sea por preparación o por la práctica del oficio: en este mundo de geometría profesional variable, llega uno a ocuparse de la economía no solo por estudios, sino también por la política, por la empresa, tratando sistemáticamente de ella en la prensa o en internet...

Los políticos y los empresarios raramente contradicen en público al Papa. Ambos dependen de la aprobación popular (por los votos o por las ventas) para mantener sus posiciones, de manera que prefieren no aparecer oponiéndose a una figura popular con muchos admiradores y pocos enemigos declarados. Pero los economistas, precisamente por ser en muchos casos 'tecnócratas' o 'ideólogos' no inmediatamente sujetos a votaciones ni mercados, o 'divulgadores' y 'opinadores', pueden decir lo que piensan con más libertad. Sus reacciones al discurso económico del Papa resultan más interesantes que las dictadas por cálculos estratégicos de corto vuelo.

En este artículo vamos a tratar de la enseñanza económica del Papa como hecho comunicacional. Ello requiere atender tanto al contenido del mensaje papal como a las reacciones que suscita.

¿De qué 'economía' habla el Papa?

Con la misma palabra 'economía' en español designamos dos cosas distintas: la vida económica en sí misma (la gestión social de los bienes escasos y transables: extracción, producción, distribución, consumo, ahorro, inversión...), y el lenguaje con que se habla de esa vida económica (la economía como ciencia social, o simplemente como discurso, con sus supuestos, desarrollos y conclusiones). El Papa se refiere a ambas cosas cuando habla, pero para entenderle debemos identificar en qué terreno está jugando en cada ocasión. Por eso aquí escribiremos en adelante 'economía' para referirnos a la vida económica, y 'Economía' para referirnos a la ciencia económica.

La estructura del mensaje papal en economía

El mensaje católico sobre la economía es sobre todo normativo. No está especialmente comprometido con una y otra descripción sobre cómo funciona la vida económica (su motor, por así decirlo); en ello los Papas utilizan el consejo de economistas profesionales de primera línea. El centro del mensaje del Papa se refiere a dónde debe encaminarse la economía (a su volante, siguiendo la comparación). En términos técnicos, se refiere más a los objetivos de política que al análisis económico.

Ese mensaje viene construido en tres niveles, apoyado cada uno sobre el otro:



1. En primer lugar, señala cuáles son los resultados deseables del orden económico de la sociedad. Por ejemplo, la contribución más importante de *Laudato Si'* (2015), la última encíclica de Francisco, consiste en introducir importantes aspectos ecológicos en ese nivel de lo deseable, vinculándolos a los aspectos sociales. Pero enunciados sobre lo deseable se encuentran desde el principio de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI): así, la idea del 'salario familiar' que debe permitir a toda familia trabajadora vivir con dignidad.
2. En segundo lugar, tales resultados requieren alguna forma de acción social y de estructuración institucional para realizarse. Han de tener camino. En diversos momentos de la DSI se encuentran la aceptación de los sindicatos, la promoción del cooperativismo, la responsabilidad de las empresas privadas, la necesidad de autoridad política mundial, la solidaridad con los movimientos populares...
3. Y, finalmente, en el tercer nivel podemos encontrar la motivación para todo ello. Programáticamente, desde Juan XXIII, la DSI se dirige no solo a los católicos sino "a todas las personas de buena voluntad", por lo que sus propuestas no solo tienen raíces teológicas sino que también se esfuerzan por plantearse, simultáneamente, de manera razonable. Esto no es una gran novedad: ya los viejos tomistas de la Edad Media y el Renacimiento sostenían que "la ley natural (en la que apoyaban su teoría cristiana de la justicia económica) es ley racional".

Cuidado con el clericalismo

Por otra parte, el mensaje económico de la DSI es coyuntural en varios aspectos:

- Se ocupa de las “cosas nuevas” de la vida económica, las cuales por definición cambian de un tiempo a otro.
- Su comprensión de la vida económica varía dependiendo del progreso de la ciencia económica, y puede ser discutida por quienes sostienen una idea analítica distinta.
- Propone arreglos institucionales que parecen posibles en cada momento, dentro de un concepto amplio de “lo posible”, que no consiste meramente en prolongar lo que hay, pero tampoco se propone hacer “tabla rasa” con ello y recomenzar como si estuviéramos inventando la sociedad (la pretensión revolucionaria). Se trata de otear las posibilidades de futuro contenidas en las dinámicas más prometedoras del presente.

Para comprender bien el mensaje económico del Papa hay que tener cuidado con no sacralizar sus elementos coyunturales. Sobre ellos, la visión del Papa es interesante en cuanto que básicamente no tiene intereses económicos o políticos comprometidos en la situación, y puede así enfocarla desde puntos de vista desacostumbrados en posiciones con tanta audiencia (por ejemplo, desde los pobres). Ello le da una importante autoridad moral. Pero solo en los aspectos de mayor profundidad, su mensaje debe considerarse valioso por transmitir y actualizar una comprensión de la persona en sociedad querida por Dios que viene del mismo Jesús.

Los gestos

Por otra parte, el contenido es algo más que las palabras; incluye también los gestos, en los que Francisco ha resultado muy diestro. Por ejemplo, viajó a Lampedusa para hablar de y a los refugiados que habían llegado por mar después de muchas muertes en el Mediterráneo. Ello debe entenderse como un alegato contra esa forma colectiva de la propiedad privada que constituyen las fronteras nacionales. Las fronteras son propiedad privada (colectiva) porque tienen el mismo principal carácter institucional de la propiedad privada individual: la excluibilidad. Si no eres de la nacionalidad correcta, puedo excluirte del territorio; de manera parecida a como si no eres propietario de mi coche, puedo excluirte de su uso. En un caso, empleo las llaves del coche; en el otro, la policía de fronteras; pero se trata básicamente de la misma idea. Cuando de lo que dijo Francisco en Lampedusa se haya perdido la memoria popular, permanecerá el hecho de que lo dijo en Lampedusa. Los gestos son muy importantes para el mensaje.

Lo fundamental del mensaje de Francisco

El Papa Francisco ha enfatizado tres grandes problemas de la economía contemporánea:

- La integración económica de los pobres, y con ella el tema de la desigualdad (puesto que la desigualdad aguda genera separación de los modos de vida, y por tanto desintegración social).
- La persistencia de la esclavitud económica, el tráfico de personas y su rol en los movimientos migratorios del Sur al Norte, un tema central en Europa, pero también en torno a China, en la frontera Sur de los Estados Unidos, en Japón, el Golfo Pérsico, Australia, Sudáfrica, incluso Argentina... Dondequiera que hay

una frontera entre perspectivas razonables de futuro, y cierre de esas perspectivas por la miseria, la guerra y/o el cambio climático.

- La degradación medioambiental por efecto de la actividad humana de producción-consumo; y la vinculación entre explotación ecológica del planeta y explotación social de las poblaciones pobres.

Podríamos decir que estos tres temas estructuran el nivel más arriba de nuestro esquema triangular en la preocupación de Francisco, donde se define lo deseable y lo indeseable. Usando palabras de Ellacuría, ellos vienen a ser “el reverso de la Historia”, los bajos del coche desde los que se comprende mejor el sistema económico global que mirando a su brillante carrocería (a la cual, dicho sea de paso, diez años de crisis han quitado mucho brillo). El sistema económico global es considerado por el Papa estructuralmente injusto e insostenible, cada una de las dos cosas por separado y también en relación una con otra: una economía que mata.

A la hora de buscar salidas prácticas a estos problemas, el segundo de los niveles en nuestro esquema, Francisco parece esperar más de los movimientos sociales y de las ONG, que de las instancias multilaterales de gobierno económico internacional por sí mismas. Incluso en el nivel individual de la acción éticamente coherente, por pequeña que sea si es sistemática (y no ocasional o arbitraria) encuentra el Papa más esperanza de futuro que en las grandes conferencias intergubernamentales. En este nivel segundo la DSI nunca ha sido particularmente detallada, y tampoco lo es con Francisco. No puede decirse que haya una propuesta política de la Iglesia sobre la economía; ni siquiera que la Iglesia considere parte de su misión proponer alguna.

Los fundamentos teológico-morales, la base de la pirámide de nuestro esquema, constituyen el punto más fuerte de la doctrina pontificia sobre economía. Con abundantes referencias a la Escritura, la Tradición y el Magisterio reciente, el Papa sustancia la centralidad de la preocupación estructural por los pobres, de la construcción colectiva de la sostenibilidad medioambiental, y de la conexión entre ambas. Desarrollando la tradición católica sobre la economía, niega el postulado central de la ciencia económica dominante, que se remonta a Adam Smith (y ya formuló antes Bernard de Mandeville): que el bien común pueda seguirse de la interacción de los egoísmos individuales en los mercados, de manera que resulte “de la acción humana pero no de la intención humana”.

Esa, que constituye una doctrina central del pensamiento liberal contemporáneo (neoliberal, austriaco, *Libertarian*), es explícitamente rechazada por el Papa casi en cada ocasión en que trata de economía. El bien común de la Humanidad no se seguirá de la “globalización de la indiferencia”, por algún género de funcionamiento de los mercados que transforme los “vicios privados en virtudes públicas”, como decía Mandeville; por la acción de “mano invisible” de Adam Smith, que convierte la persecución individual del propio interés en prosperidad general; o por un efecto-rebosamiento automático (*trickle down*) de los más ricos hacia los más pobres. Lo que debe esperarse de todo ello es más bien la “globalización de la exclusión” y la destrucción de la Casa Común.

La crisis persistente, la destrucción ambiental, la esclavitud económica, el desbalance migratorio, las guerras... son señales de que el bien común solo puede alcanzarse a través de la “globalización de la solidaridad”, del cuidado intencionalmente asumido por los pobres y por el medio ambiente, que requiere esforzarse por la superación del egoísmo en cada persona y en cada estructura social. El pensamiento social de la Iglesia nunca ha creído en la alquimia liberal que, por arte de birlibirloque, transforma egoísmos personales e institucionales en el mejor de los mundos posibles. Así el Papa condena de manera muy radical el sistema económico vigente (“ya no se aguanta”, dijo en Bolivia) y los discursos que lo legitiman, para buscar la “globalización de la esperanza” en un cambio estructural de la economía.

Las reacciones

El hecho comunicacional no es solo el mensaje por los correspondientes canales, sino también las reacciones a él. Las reacciones se dirigen más a los significados del mensaje que a su contenido a primera vista. Esos significados surgen al situar el mensaje papal en el contexto de la economía mundial y de los discursos con que hablamos de ella. Entender la jugada completa requiere saber qué está haciendo el otro equipo, ver el juego más allá de nuestro jugador. Solo así podemos apreciar si cuando el delantero parece avanzar, realmente lo hace, o se está metiendo en un callejón sin salida que solo puede terminar perdiendo el balón.

Pobreza, desigualdad y conservación

Las reacciones entre los economistas que han opinado sobre el mensaje de Francisco han sido variadas, incluso entre los economistas católicos. No hay gran divergencia respecto a que los problemas señalados por el Papa constituyen verdaderos problemas, ni respecto a su carácter sistémico, esto es, no derivados solamente de ‘malas acciones’ de algunos siniestros poderosos, que nos dejaran a los demás en el cómodo papel de inocentes sin nada que cambiar.

Más diferencia hay sobre la asunción de determinados objetivos de política económica. Quizás el menos discutido sea la erradicación de la pobreza, acerca de la que básicamente encontramos unanimidad. Además del evidente y totalmente innecesario drama humano de la miseria, la pobreza supone también un problema económico: cantidades ingentes de personas son excluidas de una participación activa en la construcción económica de la sociedad. Encima, se transmite de generación en generación: si no se hace nada para atajarla, los hijos de los pobres son criados en la pobreza y entran en la vida productiva con muchas menos oportunidades que otros muchachos.

Más discutido es si debe apuntarse además a la reducción de la desigualdad. La desigualdad puede crecer incluso si la pobreza disminuye. En cierta medida, la desigualdad es el motor de la vida económica (si vas a obtener lo mismo contribuyas más o menos, te esfuerces o no, mucha gente no pondrá de sí todo lo que podría); en otro sentido, sobre todo cuando rebasa ciertos límites, constituye un poderoso desintegrador

social (las personas dejan de compartir vida con otros, de entender su posición, de ver posible el progreso social, de pertenecer a la misma ciudadanía). Demasiada desigualdad implica exclusión paralizante de la vida económica; no es el motor de nada. El punto no resulta tan central como la pobreza en el mensaje papal, pero hay alusiones, a menudo muy duras en el tono, que rara vez son suscritas por los economistas.

Sobre el objetivo de la conservación ambiental, los comentarios de los economistas tienen una estructura lógica curiosa. Pocos de ellos se atreven a sostener que sea irrelevante porque el desarrollo tecnológico nos resolverá el problema a medio plazo, de manera que lo esencial es favorecer el crecimiento económico ahora, para que la tecnología avance lo más deprisa posible y nos resuelva ella el problema ecológico.

Esa es una posición muy minoritaria. La mayoría reconoce la importancia de lo medioambiental cuando se habla de ello (al fin toda la existencia humana depende de que la Naturaleza mantenga ciertos equilibrios básicos), acepta la ciencia disponible acerca de que la actividad industrial humana está amenazando esos equilibrios no solo localmente sino también a nivel del macrosistema climático (temperaturas, precipitaciones, corrientes marinas...), para a continuación ignorar todo ello en cuanto empiezan a hacer Economía. Entonces lo esencial pasa a ser el crecimiento.

Ese es claramente un problema de la ciencia económica: nacida y desarrollada como un saber de las interacciones sociales, no ha integrado apenas los aspectos naturales, sino que los da por constantes. Los economistas están básicamente desarmados al respecto, y como su saber tiene un lugar tan central en los discursos con los que hablamos de nuestra vida social, ello tiende a legitimar la separación entre Economía y Ecología en nuestra cultura, hasta el punto de que la consideración ecológica es sentida por muchos como un coste económico adicional inasumible. Son dos mundos, apenas reconciliados en algunas políticas económicas (la más significativa de las cuales es la estrategia de la Unión para forzar el *greening* de las economías europeas), y algunos esfuerzos teóricos de economistas especializados en ello.

La palabra de Francisco es vista como un refuerzo motivacional para los objetivos de esas políticas y el esfuerzo de los economistas ecológicos por integrar la Ecología dentro de la Economía con pleno derecho, no como un capítulo de consecuencias externas. La contribución central del Papa consiste en enfatizar, a través de la idea de justicia social, la conexión entre depredación ecológica, pobreza y desigualdad.

¿Políticas económicas de quién?

La DSI ha solido considerar al Estado nacional como la institución por excelencia que las sociedades se dan para promover el bien común, y por tanto para ocuparse de los objetivos de política económica relativos a la pobreza, la desigualdad y el cuidado del medio ambiente. A partir de Pablo VI, se pide también a los Estados que desarrollen cierta solidaridad económica entre los pueblos. Esa era una visión adecuada a los problemas y los instrumentos institucionales para abordarlos durante el siglo XX. La situación actual, sin embargo, deriva en buena parte de que los Estados han dejado de

constituir un instrumento apto para gobernar la sociedad económica, precisamente porque son nacionales y la economía es global.

En Francisco volvemos a encontrar un aprecio por la “soberanía nacional” que no estaba en Benedicto XVI, quien propuso más bien formas estatales globales (*Caritas in Veritate*, 67), esto es, del mismo alcance que el mercado. La posición de Benedicto debe entenderse bien: el principio de subsidiaridad requiere encargar cada acción al nivel más bajo que pueda ser eficaz; lo cual incluye el nivel global si no puede actuarse de manera realmente eficaz en uno más cercano a la gente. Eso precisamente ocurre con mercado global y los grandes agentes privados transnacionales.

El aprecio por la “soberanía nacional” de Francisco busca evitar la explotación de los pueblos pobres por los ricos (la idea básica de la “descolonización”). No es contradictoria con la propuesta de Benedicto, pero los énfasis sí son distintos. Volver al Estado nacional como esperanza para el futuro suena a paso atrás, una respuesta de otro siglo a problemas de este; más todavía si se tiene en cuenta que lo inter-estatal le parece a Francisco ineficaz (y con razón, porque lo es). Sin embargo, ese movimiento no ha sido especialmente criticado por los economistas, quizás porque son sujetos prácticos a los cuales los objetivos sin instrumentos institucionales no les dicen mucho.

Una tradición consistente sobre los mercados

Mayor desacuerdo hay en un punto crucial de la enseñanza económica de Francisco: la limitación del rol de los mercados respecto a los objetivos que hemos enunciado arriba. Con palabras muy expresivas, Francisco sigue una tradición constante de la DSI, que señala de tres puntos:

- Los mercados, incluso competitivos, no son instrumentos aptos para todos los objetivos de política económica. Los objetivos relacionados con la justicia de una manera o de otra (erradicación de la pobreza, limitación de la desigualdad, paz, trabajo digno, derecho a no verse obligado a migrar, conservación del medio ambiente...) requieren una acción intencional basada en el bien común, que debe estructurar instituciones políticas.
- Los mercados reales con frecuencia no son realmente competitivos, sino que constituyen oligopolios abiertos o encubiertos, donde las grandes acumulaciones de capital poseen fuerte poder económico sobre los capitales más dispersos (ahorristas individuales, pequeñas y medianas empresas...), sobre los trabajadores y sobre los consumidores. Ello añade otro aspecto de un desbalance que el mercado no puede cubrir por sí mismo, y donde las instituciones políticas también son necesarias.
- La economía de mercado existente no constituye solo una manera de organización “espontánea” de los intercambios, sino antes una economía de consumo movida por las ventas. Ello tiende a reforzar una cultura de la posesión, el egoísmo y el inmediatez, desconocedora de límites ecológicos y de obligaciones sociales sobre la propiedad y las preferencias de cada uno. Tal cultura delinea un perfil moral contrario al que la Iglesia propone como camino personal y colectivo de salvación.

Se notará entonces que en el mensaje del Papa sobre los mercados coexisten dos elementos: uno de principios y otro de consecuencias. Un mecanismo institucional como el mercado debe ser evaluado tanto por los principios morales que realiza o fomenta como por las consecuencias reales que tiene. Lo mismo ocurriría, claro está, con otros arreglos institucionales presentes en la vida económica, como los Estados.

¿Cero políticas?

El mensaje de Francisco ha reavivado el debate sobre para qué sirve el mercado y cuáles son sus límites, qué principios realiza y cuáles no. Los economistas más liberales piden “enseñarle al Papa algo de economía” para que note que los mercados libres han generado la mayor disminución de la pobreza jamás conocida; realizan la libertad individual y por tanto permiten a cada cual elegir su línea de desarrollo moral (no necesariamente egoísta o insensible); y ayudan a controlar los vicios inevitablemente producidos por un monopolio con capacidad de imposición legal, como es el Estado por definición. Para estos economistas, la línea básica del desarrollo global debe consistir precisamente en la expansión de mercados libres, y no piensan que la palabra de Francisco esté ayudando especialmente a ello, sino más bien lo contrario.

Cuando son católicos, algunos economistas en esta línea suelen añadir que en el mensaje pontificio sobre los mercados debe distinguirse entre el nivel moral (situado en la base de nuestra pirámide) y el arreglo institucional (situado en el segundo piso, apoyado sobre el anterior), y que el Papa viene a decir que no hay ningún automatismo entre ellos. El mercado puede ser una institucionalización adecuada (la más adecuada en la mayor parte de los casos, pensaría un liberal) si el fundamento moral de los sujetos que lo pueblan, sus preferencias, son buenas. Al Papa le correspondería hablar sobre todo de fundamentos morales; a los economistas de mecanismos de organización económica de las sociedades.

Entonces, puesto que son católicos pero liberales, para salvar al Papa y al mercado a la vez, ‘reinterpretan’ el mensaje papal. Hay que decir que la forma coloquial del mensaje de Francisco constituye, en este aspecto, una espada de doble filo: por una parte le otorga una impresionante capacidad comunicativa con la gente de a pie; y por otra se presta a que los expertos deban precisarla técnicamente, lo que a veces incluye ‘releerla’ para que diga lo contrario de lo que quería decir. No es tan fácil sin embargo, porque Francisco habla con mucha claridad; precisamente por eso comunica tan bien con la gente corriente.

Estas opiniones liberales sobre el mensaje de Francisco son en realidad minoritarias, al menos en la expresión pública. Más frecuente es la opinión contraria, que sostiene que el impulso asimétrico de los mercados está precisamente en la raíz de la presente crisis financiera, de la persistente reproducción de la desigualdad de oportunidades que imposibilita la erradicación de la pobreza, y de la sobreexplotación del medio ambiente que amenaza toda la vida humana en la Tierra, y más inmediatamente la vida de los pobres. En ese sentido, el mensaje del Papa ha sido bien recibido por la mayor parte de

los economistas, como un refuerzo moral (ético y político) en la búsqueda de soluciones a problemas de gran envergadura.

Economistas de todas las escuelas coinciden en señalar que hay un elemento ético importante, tanto en el origen de la crisis económica (sobre todo en las finanzas) como en la crisis del Estado (la corrupción que lleva a la deslegitimación de los liderazgos, justo cuando más falta harían liderazgos políticos creíbles). Muy pocos dirían que ese sea el elemento decisivo --hay también temas más estructurales--, pero de cualquier forma resulta importante. Por ejemplo, las Escuelas de Negocios en todo el mundo han reintroducido la Ética en sus programas, intentando al menos sembrar alguna comprensión del tema y cierta sensibilidad hacia él, después de haberla tenido ausente por décadas. Al abordar ese elemento ético tanto en los mercados como en la acción económica de los Estados, el mensaje del Papa es generalmente aplaudido.

¿Aplaudir sin entender?

Sin embargo, ese aplauso no siempre comprende bien la profundidad del mensaje papal, a pesar de que Francisco lo repite una y otra vez de manera muy clara. Si legitimamos moralmente la persecución del propio interés con la única restricción de la ley, ¿por qué aceptar en el fuero interno, éticamente, ese límite?

Total, la ley es un mecanismo exterior al sujeto. Declarando legítimo maximizar el propio interés sin otra responsabilidad ética por la suerte de los demás o de la Naturaleza, la ley me contendrá si temo que me atrapen y me castiguen por más de lo que gano violándola. Pero si tengo tanto poder o tanta habilidad como para no temer eso, ¿por qué respetar una norma externa? Habría que convertir la ley en una ética, a los políticos en una autoridad capaz para el fuero interno, a los juzgados en tribunales morales. Pero si algo está pasando, es precisamente lo contrario.

Contra la cultura dominante en las estructuras

El Papa propone no solo que la gente se comporte legalmente en la economía o la política, sino colocar el sistema económico entero al servicio de las personas, tanto desde dentro de las mismas personas (en sus motivaciones morales) como en las estructuras (políticas y jurídicas). No es pues solo un asunto de cumplir la ley existente, sino de por qué cumplirla e incluso de cuál deba ser la ley existente.

Sobre ello, el mensaje de Francisco resulta fuertemente contracultural. La legalidad de un sistema de mercados como el nuestro se basa en el respeto prioritario a la propiedad privada ("el dinero" diría el Papa, palabra cuyo uso *técnico* toma del Evangelio), con todas sus variantes y derivados. En la práctica, ello implica que la propiedad tiene prioridad sobre las personas; no es un defecto de un sistema de mercados sino su principio constitutivo. El mercado no atiende necesidades sino demandas. Claro que se espera que hacerlo así resulte finalmente mejor para las personas; pero si no resulta, o cuando no resulta, igual la propiedad debe salvarse a toda costa.

Para entenderlo mejor, notemos un pequeño pasaje del discurso de Francisco en el Congreso de los Estados Unidos, en que citaba a *Laudato Si'*: “Tenemos la libertad necesaria para limitar y dirigir la tecnología (112); para diseñar formas inteligentes de desarrollar y limitar nuestro poder (78); y para poner la tecnología al servicio de otro tipo de progreso, más sano, más humano, más social, más integral (112)”.

En este pasaje, la tecnología es el medio y el desarrollo integral de las personas es el fin. Pero la situación actual resulta muy distinta: la tecnología es el medio y el aumento de la propiedad de quien hace la inversión (sus ganancias) constituye el fin. Limitar nuestro poder tecnológico cuando da ganancias, no tiene mucho sentido dentro del sistema. Nos hace menos competitivos frente a empresas de otros países que prosiguen su desarrollo tecnológico, y finalmente nos sacará del mercado. Diga lo que diga el Papa (*Laudato Si'*, 128), tendría poco sentido para un economista, por ejemplo, limitar el desarrollo de la automatización y la inteligencia artificial para evitar la pérdida neta de puestos de trabajo. Al fin, llevamos siglos sustituyendo trabajadores por máquinas.

Lo que propone Francisco no es una mera “moralización” de la economía en el sentido de no cometer ilegalidades y corrupciones, sino un cambio estructural en la vida económica y un cambio de paradigma en la ciencia económica. “Limitar la tecnología” es algo que los economistas no aplauden en general, porque la Economía está presa de su supuesto de partida: que todos los agentes tratan de incrementar su propiedad como mejor pueden. Claro está que algunas corrientes *heterodoxas* proponen formas de hacer lo que el Papa pide: la Economía de comunión, la Economía del bien común, la Economía circular, la Economía de crecimiento cero... pero son muy *heterodoxas* y muy minoritarias entre los economistas.

Contra la cultura dominante en las personas

Algo parecido ocurre en el terreno ético. Vivimos en una economía de consumo cuyo fin no es cubrir necesidades humanas sino aumentar las ventas estimulando la demanda. Ya a comienzos de 1929, Charles Kettering había enunciado su misión como jefe de *Consumer Research* de General Motors como la creación de insatisfacción para que la gente comprara coches (“*Keep the consumer dissatisfied*”, se titulaba su artículo). El argumento de Kettering era muy obvio: si la gente está satisfecha con el que tiene, no comprará un coche nuevo; si no se venden coches nuevos, se perderán los puestos de trabajo de la industria automotriz; si esa industria cesa, se ralentizarán también las minas, los pozos petroleros, las industrias auxiliares; y con todo ello la investigación y el desarrollo se vendrán al suelo. El resultado será la parálisis tanto económica como tecnológica. Unos meses después siguió la Gran Depresión, que fue un colosal 'fallo de los mercados', pero Kettering no podía saberlo de antemano.

El Papa propone un cambio de las preferencias personales exactamente en sentido contrario: en vez de querer un coche más potente si nuestra necesidad ya está satisfecha, ocupemos nuestros recursos en mejorar la suerte de los empobrecidos y en asegurar la sostenibilidad del planeta. Ordenemos, desde dentro de las personas, desde sus opciones

morales, la propiedad a las necesidades humanas de todos, no a la adquisición y disfrute de más objetos de consumo por cada uno.

Pero nuestra economía está montada de hecho al revés. Incluso podríamos añadir otro caballo a la diligencia, notando que prácticamente nadie compra ni fabrica coches más que a crédito, de manera que la demanda de coches, y toda la actividad, la investigación y el empleo que de ella se derivan, dependen de las finanzas. En tal economía el argumento de Kettering se sostiene. Quizás por eso en este aspecto de fondo, pocos economistas siguen al Papa, aunque muchos reconocen que la crisis presenta raíces profundas en ciertas preferencias de la gente generadas por la cultura de consumo, y que pueden temerse consecuencias desastrosas tanto sociopolíticas como demográficas y ecológicas. Los economistas americanos no llaman a esto la Gran Depresión sino la Gran Recesión, pero su mensaje es parecido: los mercados han vuelto a fallarnos. El Papa explica por qué, desde dentro de las personas.

El lugar del Papa en la discusión económica

Los economistas no cuentan con las herramientas de análisis moral que sí tiene Francisco, elaboradas desde el Evangelio, por la Tradición y la DSI, que él ha contribuido a desarrollar un poco más para nuestro tiempo. Atribuida en una u otra forma a autores diversos, se encuentra en internet la frase: “Es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”. Tras leer las reacciones de los economistas al mensaje papal, pienso que intuyen que el Papa tiene razón en que debemos actuar para evitar que la desestabilización social y ambiental se agudicen. Pero no saben bien cómo hacerlo, les 'falla' la imaginación, porque su ciencia y nuestra economía están construidas de otra manera, de la manera que justamente nos pone en peligro.

El Papa no puede dar soluciones económicas o políticas concretas. Solo puede enunciarnos los objetivos esenciales, recontar las motivaciones éticas y espirituales para perseguirlos, y llamarnos a buscarles con empeño caminos institucionales. Muchos economistas están oyéndole, aunque su mensaje resulte difícil de encajar en una interpretación de la sociedad tallada por la Economía a partir de supuestos muy distintos.